

tierra cultivada y que han invadido el territorio de la aldea de Batz. Algunos ancianos pretenden que hubo un tiempo en que existió una fortaleza en aquel lugar. Los pescadores de sardinas han dado un nombre á esta roca que se ve desde muy adentro del mar; pero hay que perdonar el olvido de este nombre bretón, tan difícil de pronunciar como de retener. Calixto llevaba á Beatriz hacia este punto, donde la vista es soberbia y donde las decoraciones de granito excenden á todas las demás que se ven á lo largo del arenoso camino que costea el mar. No hay para qué decir la causa que movió á Camilo á marchar delante. Como fiera salvaje herida, Felicidad amaba la soledad y gustaba de perderse en las grutas, reaparecer en los picos, hacer salir á los cangrejos de sus agujeros ó sorprender sus originales costumbres. Para que las ropas de mujer no le molestasen, se había puesto pantalones de perneras bordadas, una blusa corta y un sombrero de castor, y por bastón de viaje llevaba un látigo, pues siempre se engreyó mucho de su agilidad y de su fuerza; de este modo estaba cien veces más hermosa que Beatriz. Durante algunos momentos, Beatriz y Calixto la vieron dando vueltas por las cimas y por los bordes de los abismos, como un fuego fatuo, y afrontando los peligros para aliviar, sin duda, sus dolores. Marchando de este modo, fué la primera en llegar á la roca del boj, y sentándose á la sombra en una de sus sinuosidades, se puso á meditar. ¿Qué podía hacer una mujer como ella de su vejez, después de haber bebido la copa de la gloria, que todos los grandes talentos, demasiado ávidos para detallar los estúpidos goces del amor propio, vacían de un solo trago? Ella ha confesado después que una de aquellas reflexiones sugeridas por un nada, por uno de aquellos accidentes que son, sin duda, una insignificancia para gentes vulgares y que ofrecen una infinidad de reflexiones á las grandes almas, la habían decidido á llevar á cabo el acto singular que había de poner término á su vida social. Felicidad sacó del bolsillo una cajita en la que había puesto pastillas de fresa, para el caso de que le diese sed, y, habiendo tomado algunas y saboreándolas, no pudo menos de observar que las fresas, que habían desaparecido ya por no ser su tiempo, revivían, sin embargo, gracias á sus cualidades, concluyendo de aquí que también podía ocurrir lo mismo con los hombres. El mar le ofrecía á la sazón una imagen de lo infinito. Ningún gran espíritu puede apartarse

de lo infinito, admitiendo la inmortalidad del alma, sin deducir de él algún porvenir religioso. Esta idea siguió acosándola aun después de haber respirado su frasquito de agua de Portugal. Sus manejos para hacer caer á Beatriz en manos de Calixto le parecieron entonces mezquinos, y sintió morir en ella la mujer, para nacer la noble y angelical criatura velada hasta entonces por la carne. Su inmenso talento, su saber, sus conocimientos, sus falsos amores, la habían conducido, ¡quién lo hubiese dicho! á presencia de la madre fecunda, la consoladora de los afligidos, la Iglesia romana, tan cariñosa con los arrepentidos, tan poética con los poetas, tan sencilla con los niños y tan profunda y tan misteriosa para los espíritus inquietos y rebeldes, que pueden siempre meditar sobre ella satisfaciendo sus insaciables curiosidades, excitadas sin cesar. Felicidad pensó entonces en la vuelta que Calixto le había hecho dar, y la comparó con los tortuosos caminos de aquellas rocas. Calixto seguía siendo para ella el hermoso mensajero del cielo, un conductor divino, que había cambiado su amor terrestre por el amor divino.

Después de haber andado algunos momentos en silencio, Calixto, al oír una exclamación de Beatriz relativa á la belleza del Atlántico, que difiere mucho de la del Mediterráneo, no pudo menos de comparar, por su pureza, por su extensión, por su agitación, por su profundidad y por su eternidad, aquel inmenso mar con su amor.

—Pero está limitado por rocas—dijo Beatriz riéndose.

—Cuando me habla usted de ese modo—respondió el joven dirigiéndole una mirada divina,—la veo á usted y la oigo y puedo tener la paciencia de los ángeles; pero cuando estoy solo, seguramente que se apiadaría de mí si pudiese verme. Mi madre llora entonces al ver mi pena.

—Escuche usted, Calixto; es preciso que esto acabe—dijo la marquesa mirando el arenoso camino por donde marchaban.—Acaso ocupamos en este momento el único lugar propio para decir estas cosas, pues jamás he visto la naturaleza más en armonía con mis pensamientos. He visto Italia, donde todo habla de amor; he visto Suiza, donde todo es fresco y expresa una verdadera dicha, y donde la verdura, las aguas tranquilas y lo más risueño de los paisajes, están limitados por los Alpes coronados de nieve; pero no he visto nada que armonice mejor con la aridez de mi vida que esta

pequeña llanura disecada por los vientos del mar y corroída por los vapores marinos, donde lucha una pobre agricultura con la inmensidad del Océano y con la vegetación de Bretaña, sobre la cual se levantan las torres de su Gueranda. Calixto, este paisaje le representa á Beatriz. No quiera usted unirse á ella. Yo le amo á usted, pero no seré nunca suya, porque tengo conciencia de mi desolación interior. ¡Ah! no sabe usted cuán dura soy conmigo misma hablándole de este modo. No; si soy para usted un ídolo, no quiero que lo vea empequeñecido, no quiero que caiga de la altura en que usted lo ha colocado. En este momento siento horror por una pasión que vitupera el mundo y la religión, y no quiero verme más humillada ni tener que ocultar mi dicha; permaneceré fiel á mi palabra y seré el desierto arenoso, sin vegetación, sin flores ni verdura, que ve usted aquí.

—¿Y si se viese usted abandonada?—dijo Calixto.

—Iría á mendigar mi perdón, me humillaría ante el hombre á quien ofendí; pero no me arriesgaría nunca á abrazar una dicha que sé que tiene que acabar.

—¡Acabar!—exclamó Calixto.

La marquesa interrumpió el ditirambo á que iba á entregarse su amante, repitiendo la palabra *acabar* con un tono que le impuso silencio.

Esta contradicción engendró en el joven uno de esos furros internos que sólo conocen los que han amado sin esperanza. Beatriz y él anduvieron unos trescientos pasos en silencio, sin mirar el mar, ni las rocas, ni los campos de Croisic.

—¡La haría yo á usted tan feliz!—dijo Calixto.

—Todos los hombres empiezan prometiéndonos la felicidad y acaban legándonos la infamia, el abandono y el desprecio. No tengo nada que reprochar á aquel á quien debo ser fiel, pues no me ha prometido nada y soy yo la que fui á buscarle; pero el único medio que me queda de aminorar mi falta es hacerla eterna.

—Diga usted, señora, que no me ama; porque yo, que le amo á usted, sé por mí mismo que el amor no discute, ni ve, ni se arredra ante ningún sacrificio. Ordéneme usted, y verá cómo intento lo imposible. El que en otro tiempo despreció á su querida por que arrojó su guante á los leones ordenándole que fuese á cogerlo, ese no la amaba; desconocía el derecho de ustedes de ponernos á prueba para estar

seguras de nuestro amor. Yo le sacrificaré á usted mi familia, mi nombre, mi porvenir.

—¡Qué insulto encierra esa palabra sacrificio!—dijo la marquesa con tono de reproche, que hizo comprender á Calixto la estupidez que encerraba su expresión.

Sólo las mujeres que aman absolutamente ó las coquetas saben tomar una palabra como punto de apoyo y elevarse á una altura prodigiosa: la cabeza y el corazón proceden en esto de la misma manera; pero la mujer amante se aflige y la coqueta desprecia.

—Tiene usted razón; esa palabra sólo puede aplicarse á los esfuerzos y contrariedades á que usted me condena—dijo Calixto derramando lágrimas.

—Cállese usted—dijo Beatriz, impresionada por esta respuesta, en que Calixto acusaba por primera vez toda la inmensidad de su amor.—He cometido bastantes faltas; no me tiene usted.

En este momento los dos amantes estaban al pie de la roca del boj, y Calixto sintió embriagadores placeres teniendo que sostener á la marquesa para que ésta pudiese trepar por la roca á cuya cima deseaba subir. Para el pobre niño, estrechar aquel talle y sentir aquella mujer un poco temblorosa, constituía la mayor de las dichas. Beatriz tenía necesidad de él. Este placer inesperado trastornó la cabeza á Calixto, el cual no vió ya nada y mantuvo á Beatriz fuertemente cogida por el talle.

—¿Qué es eso?—dijo ella con aire imponente.

—¡No será usted nunca mía?—le preguntó el joven con voz ahogada por la emoción.

—Nunca, amigo mío—le respondió la marquesa.—Yo no puedo ser para usted más que Beatriz, un sueño. ¿No es esto más agradable? De este modo no tendremos amarguras, ni pesares, ni remordimientos.

—¿Y volverá usted á unirse á Conti?

—¿Qué remedio me queda?

—¡Pues entonces, no volverás á ser nunca de nadie!—dijo Calixto á la marquesa dándole un violento empujón.

El joven quiso escuchar su caída antes de precipitarse detrás de ella, pero no oyó más que un clamor sordo, la estridente desgarradura de un vestido y el grave ruido de un cuerpo cayendo en tierra. En lugar de ir cabeza abajo, Beatriz había dado media vuelta, yendo á parar al matorral del

boj; pero, sin embargo de esto, se hubiera ido al fondo del mar si su falda no se hubiese enganchado en una rama, disminuyendo así el peso del cuerpo sobre el matorral. La señorita de Touches, que vió esta escena, no pudo gritar, y su susto fué tal, que sólo tuvo ánimo para hacer seña á Gasselín de que acudiese. Llevado de una especie de feroz curiosidad, Calixto se inclinó hacia adelante para ver la situación de Beatriz, y tembló: la joven parecía orar y creía próxima su muerte al ver que el matorral iba cediendo. Con la habilidad que comunica á los jóvenes el amor, y con la agilidad sobrenatural que emplea la juventud en los peligros, Calixto descendió nueve pies de altura agarrándose á las asperezas de la roca, y pudo coger á tiempo á la marquesa, si bien con riesgo de caer ambos al mar. Cuando tuvo á Beatriz entre sus brazos, ésta estaba sin conocimiento; pero considerando que era suya por completo en el borde de aquel precipicio, el joven sintió un vivo placer.

—Abra usted los ojos y perdóneme, ó moriremos juntos—le decía Calixto.

—¿Morir?—repitió la marquesa abriendo los ojos y despegando sus labios.

Calixto saludó esta palabra con un beso y sintió que éste causó á la marquesa un gran estremecimiento. En este momento, los zapatos herrados de Gasselín se oyeron encima. El bretón iba seguido de Felicidad, la cual examinaba los medios de salvar á los dos amantes.

—No hay más que un medio, señorita—dijo Gasselín.—Yo me deslizaré hasta donde están ellos, se colocarán sobre mis hombros y usted les dará la mano.

—¿Y tú?—preguntó Camilo.

El criado pareció sorprendido al ver que le consideraban como algo estando en peligro su amo.

—Vale más ir á buscar una escalera á Croisic—dijo Camilo.

—Está malo esto, de todos modos—se dijo Gasselín al descender.

Una vez puesto en salvo, Beatriz pidió con débil voz que la acostasen en algún sitio, porque se sentía desfallecer, y Calixto la colocó en un lugar fresco.

—Calixto, le he visto á usted—dijo Camilo.—Que Beatriz muera ó se salve, esto no debe ser nunca más que un accidente.

—Ahora me odiará—exclamó el joven, con los ojos preñados de lágrimas.

—No, te adoraré, tonto—respondió Camilo.—Bueno, ahora hay que transportarla á Touches. ¿Qué sería de ti si la hubieras matado?

—La seguiría.

—¿Y tu madre?

Y después de una pausa, añadió en voz muy baja:

—¿Y yo?

Calixto estaba pálido, inmóvil y silencioso, apoyado contra una roca. A poco se presentó Gasselín trayendo una escala que había encontrado en una de las quintas que hay desparramadas por aquellos campos. Cuando Gasselín hubo colocado la escala, la marquesa, ayudada por aquél, que rogó á Calixto que pasase el chal rojo de Camilo por debajo de los brazos de Beatriz, pudo llegar á la plataforma redonda, donde Gasselín la tomó en brazos como un niño y la bajó á la playa.

—Yo no hubiera dicho que no á la muerte; pero los sufrimientos...—dijo Beatriz con voz débil á la señorita de Touches.

La debilidad y la fatiga que sentía Beatriz obligaron á Camilo á llevarla á la quinta de donde Gasselín había traído la escala. Calixto, Gasselín y Camilo se quitaron parte de sus ropas, formaron una especie de colchón sobre la escala y colocaron en él á Beatriz, transportándola de este modo como en unas angarillas. Los dueños de la quinta le ofrecieron su cama. Gasselín corrió al lugar en que esperaban los caballos, tomó uno y se fué á buscar al cirujano de Croisic. Calixto, sentado en un escabel, respondía con movimientos de cabeza y raros monosílabos á Camilo, cuya inquietud había aumentado al ver el estado de Beatriz y el de Calixto. Después de una sangría, la enferma se encontró mejor, pudo hablar, consintió en embarcarse, y á eso de las cinco de la tarde fué transportada de la escollera de Gueranda á Touches, donde la esperaba ya el médico de la casa. La noticia de este acontecimiento corrió por todo aquel país solitario y casi deshabitado, con inexplicable rapidez.

Calixto pasó la noche en Touches, al pie del lecho de Beatriz y en compañía de Camilo. El médico había prometido que al día siguiente la marquesa ya estaría casi buena. En medio de su desesperación, Calixto sentía una profunda alegría al verse al pie del lecho de Beatriz, mirándola cómo

se despertaba ó se dormía y pudiendo estudiar su pálido rostro y sus menores movimientos. Camilo sonreía con amargura viendo en Calixto los síntomas de una de esas pasiones que embargan para siempre el alma y las facultades del hombre en una época en que ningún pensamiento ni ninguna preocupación puede contrariar ese cruel trabajo interior. Calixto no debía saber nunca qué clase de mujer era Beatriz. ¡Con qué sencillez dejaba el joven bretón que leyese sus más secretos pensamientos! El joven se imaginaba que aquella mujer era suya ya, porque la podía ver en su cuarto y espiar con atención extática sus más ligeros movimientos; su actitud denotaba con tanta sencillez su dicha, que hubo un momento en que las dos mujeres se miraron sonriéndose. Cuando Calixto vió los hermosos ojos verdes de la enferma expresando una mezcla de confusión, de amor y de burla, se ruborizó y volvió la cabeza.

—Calixto, ¿no le decía yo que ustedes los hombres empiezan por prometernos la dicha y acaban por arrojarnos á un precipicio?

Al oír esta broma, dicha con un tono encantador y que anunciaba algún cambio en el corazón de Beatriz, Calixto se arrodilló, le tomó una mano y se la besó con sumisión.

—Tiene usted derecho á rechazar para siempre mi amor, mientras que yo no lo tengo ya para decirle á usted ni una sola palabra.

—¡Ah!—exclamó Camilo al ver la expresión que se dibujaba en el rostro de Beatriz y al compararla con la que habían obtenido los esfuerzos de su diplomacia.—El amor será siempre más elocuente por sí solo que el mundo entero.

Aquella noche pasada por Calixto al lado de la señorita de Touches, la cual leyó libros de teología mística, mientras que el joven leía *Indiana*, primera obra de la célebre rival de Camilo, donde se veía la atractiva imagen de un joven amando con idolatría, abnegación, tranquilidad misteriosa y por toda su vida á una mujer colocada en la falsa situación en que estaba Beatriz, libro que fué de fatal ejemplo para él, aquella noche, repito, dejó imborrables huellas en el corazón de aquel pobre joven, á quien Felicidad hizo comprender que, so pena de ser un monstruo, una mujer no podía menos de ser feliz y verse halagada en todas sus vanidades habiendo sido objeto de un crimen.

—Seguramente que á mí no me hubiese usted arrojado al

agua—dijo la pobre Camilo enjugándose una lágrima.

A la madrugada, Calixto, abrumado por el cansancio, se durmió en un sofá, y entonces tocó su turno á la marquesa de contemplar á aquel joven encantador, que murmuraba su nombre durmiendo.

—Ama hasta en sueños—dijo la marquesa á Camilo.

—Es preciso mandarle que vaya á acostarse á su casa—repuso Felicidad despertándole.

Nadie estaba inquieto en el palacio de Guenic, porque la señorita de Touches había tenido la precaución de escribir cuatro letras á la baronesa.

Calixto volvió á comer á Touches, encontrando á Beatriz levantada, pálida, débil y cansada, pero sin demostrar el menor enojo en sus palabras, ni en sus miradas. Desde aquella noche, que amenizó Camilo con música, poniéndose al piano para dejar que Calixto tomase y estrechase las manos de Beatriz sin que uno ni otro pudiesen hablarse, no hubo el menor disgusto en Touches. Felicidad desapareció por completo de la escena. Las mujeres frías, delgadas, delicadas y duras como la señora de Rochefide, esas mujeres cuyo cuello tiene cierta semejanza con el de la raza felina, tienen el alma del color pálido de sus ojos claros, grises ó verdes. Así es que para fundir ó deshacer esos pedernales, se necesita la fuerza del rayo. Para Beatriz, la rabia amorosa y el atentado de Calixto había sido el rayo al que nada resiste y que cambia las naturalezas más rebeldes. Beatriz se sentía interiormente mortificada; el amor puro y verdadero le inundaba el corazón con sus suaves y fluidos ardores; vivía en una grata y tímida atmósfera de sentimientos desconocidos que la agrandaban; entraba en los cielos donde Bretaña colocó siempre á la mujer, y saboreaba las adoraciones respetuosas de aquel niño cuya dicha le costaba poca cosa, porque un gesto, una palabra, una mirada, satisfacían á Calixto. Esta importancia que el joven daba á aquellas insignificancias conmovía á la marquesa excesivamente. El solo hecho de tocar su guante era para aquel ángel más que la posesión de toda supersona para aquel otro por quien debía ser adorada. ¡Qué contraste! ¡Qué mujer hubiera podido resistir á aquella constante deificación? Beatriz estaba segura de ser obedecida y comprendida, y si le hubiera dicho á Calixto que arriesgase su vida por el menor de sus caprichos, éste no hubiese titubeado ni un momento. Así es que

la marquesa tomó una actitud que tenía no sé qué de noble é imponente, y, considerando el amor desde el punto de vista de sus grandezas, procuró buscar un punto de apoyo para aparecer la más magnífica de las mujeres á los ojos de Calixto, sobre el cual quiso tener un imperio eterno. Sus coqueterías fueron entonces tanto más tenaces, cuanto que se sintió más débil, llegando á fingirse enferma durante toda una semana con encantadora hipocresía. ¿Cuántas veces no dió la vuelta á la verde alfombra que se extendía delante de la fachada de Touches por la parte del jardín, apoyada en el brazo de Calixto y haciendo sentir á Camilo los sufrimientos que ésta le había hecho sentir á ella durante la primera semana de su permanencia?

—¡Ah! querida mía, le haces dar una vuelta demasiado grande —dijo la señorita de Touches á la marquesa.

Antes de la excursión á Croisic, una noche estas dos mujeres hablaban de amor y se reían de las diferentes maneras que tienen los hombres de hacer sus declaraciones, confesándose con franqueza que los más hábiles, y, naturalmente, los menos amantes, no se entretenían en pasearse por el laberinto de la sensiblería, resultando de aquí que los que más amaban eran los más maltratados durante cierto tiempo.

—Sí, obran como obró La Fontaine para entrar en la Academia—dijo entonces Camilo.

Esta frase recordaba aquella conversación á la marquesa reprochándole su maquiavelismo. La señora de Rochefide tenía un poder absoluto para mantener á Calixto en los límites que ella deseaba, y le recordaba con un gesto ó con una mirada su horrible atentado á orillas del mar. Los ojos de aquel pobre mártir se llenaban entonces de lágrimas, y el joven bretón se callaba y devoraba sus sufrimientos con un heroísmo que hubiera conmovido indudablemente á cualquiera mujer. Con su coquetería, la marquesa redujo al joven á tal estado de desesperación, que un día éste fué á arrojarse en brazos de Camilo para pedirle consejos. Armada de la carta de Calixto, Beatriz le sacaba á relucir á éste continuamente aquel trozo en que le decía que amar es la primera dicha, que el ser amado venía después, y se servía de este axioma para reducir su pasión á aquella respetuosa idolatría que tanto lo halagaba. La marquesa gozaba tanto al verse acariciada por las alabanzas y las adoraciones que la naturaleza sugiere á los jóvenes, veía tantas

seducciones inocentes en los gritos de su amante, en sus ruegos y en sus exclamaciones, que Beatriz se guardaba bien de responderle. Ella lo había dicho: dudaba; y no se trataba aún de amar, sino del permiso para amar que exigía siempre aquel niño, que se obstinaba en rendir la fortaleza por su parte más fuerte, es decir, por su parte moral. La mujer más elocuente en palabras es á veces la más débil en los hechos. Después de haber visto los progresos que había hecho lanzando á Beatriz al mar, es raro que Calixto no hubiese continuado exigiendo su amor con violencias; pero el cariño de los jóvenes es tan extático y tan religioso, que lo quieren obtener todo mediante la convicción moral, y de ahí viene precisamente su sublimidad.

Sin embargo, un día, el bretón, llevado de sus ardientes deseos, se quejó vivamente á Camilo de la conducta de Beatriz.

—He querido curarte haciendo que la conocieses pronto, y tú lo has echado á perder todo con tu impaciencia—le respondió la señorita de Touches.—Hace diez días eras su dueño, y hoy eres su esclavo; de modo que no sé para qué me pides consejos, si no has de tener valor para ejecutar mis órdenes.

—¿Qué he de hacer?

—Procura reñir con ella con motivo de su rigor, y como una mujer se deja llevar fácilmente por las palabras, haz que te maltrate, y no vuelvas á Touches hasta que te llame.

Existe un momento, en todas las enfermedades violentas, en que el paciente acepta los remedios más crueles y se somete á las operaciones más horribles; y como Calixto se encontraba en este momento, escuchó el consejo de Felicidad y permaneció dos días en su casa; pero al tercero llamaba ya á la puerta de Beatriz para decirle que Camilo y él la esperaban para almorzar.

—¡Otra vez lo has echado todo á perder!—le dijo Camilo al verle llegar.

Durante aquellos dos días, Beatriz se había detenido varias veces á la ventana desde donde se ve el camino de Gueranda, y cuando Camilo la sorprendía de aquel modo, se disculpaba diciendo que se entretenía en mirar el efecto que producían las aliagas del camino, cuyas flores de oro estaban iluminadas por el sol de septiembre. Camilo conoció de este modo el secreto de Beatriz, y no hubiese tenido más que decirle una palabra y hubiese contribuído á que

Calixto lograrse su dicha; pero no la decía: era aún demasiado mujer para inclinarla á ejecutar una acción que asustaba á su corazón, el cual tenía conciencia de todo lo que con ella iba á perder su ideal.

Beatriz tardó bastante tiempo en acudir al llamamiento de Calixto. Para cualquiera otro que no hubiera sido el joven enamorado, aquella tardanza hubiera sido significativa, pues el minucioso tocado de la marquesa anunciaba claramente su deseo de fascinarle y de impedir una nueva ausencia. Después del almuerzo, la marquesa fué á pasearse al jardín y enloqueció de amor á Calixto expresándole su deseo de volver á ver en su compañía aquella roca en que había estado á punto de perecer.

—¿Vamos allá solos?—le preguntó el joven con voz turbada por la emoción.

—Negándome le haría á usted creer que me parece usted peligroso. Pero ¡ay de mí! ya se lo he dicho mil veces: soy de otro y no puedo ser más que suya; lo he escogido cuando no entendía nada de amor. La falta es doble y el castigo debe ser también doble.

Cuando Beatriz hablaba de este modo, con los ojos medio humedecidos por las pocas lágrimas que derraman esa clase de mujeres, Calixto experimentaba una compasión que disminuía su ardiente furor y le movía á adorar á la marquesa como á una virgen. Del mismo modo que no se puede pedir que árboles diferentes den unos mismos frutos, así tampoco puede ocurrir que caracteres diferentes muestren semejanza en la expresión de sus sentimientos. Beatriz se veía en este momento violentamente combatida: dudaba entre sí misma y Calixto, entre el mundo, donde esperaba entrar un día, y una dicha completa, y entre perderse para siempre con una segunda pasión imperdonable y el perdón social. Sin darse ella misma cuenta, empezaba á dar oídos á un amor ciego y se dejaba acariciar por las suaves manos de la piedad. Varias veces ya había llorado de emoción escuchando á Calixto cuando le prometía indemnizarla con su amor de todo lo que perdía á los ojos del mundo y cuando la compadecía de que estuviese sometida á un hombre tan perverso como Conti. Más de una vez había visto que Calixto se desataba en improperios contra Conti cuando Beatriz le contaba los disgustos y sufrimientos que le había ocasionado en Italia.

—Yo—le decía el joven—la amaré á usted absolutamente y no encontrará en mí los triunfos del arte ni los goces que proporciona una multitud entusiasmada por las maravillas del talento; mi único talento consistirá en amarla, mis únicos goces serán los suyos, la admiración de ninguna mujer no me parecerá digna de recompensa, y no tendrá usted que temer odiosas rivalidades.

Beatriz escuchaba estas palabras con la cabeza inclinada, dejándose besar las manos y confesando en voz baja que ella no había sido hasta entonces conocida.

—Sin embargo, yo estoy demasiado humillada y mi pasado priva á mi porvenir de toda seguridad.

Hermosa mañana fué para Calixto aquella en que, cuando iba á Touches á las siete, vió á Beatriz á la ventana, cubierta la cabeza con el mismo sombrero de paja que llevaba el día de la excursión. El joven sintió una especie de deslumbramiento. Estas pequeñeces de la pasión parecen agrandar el mundo. Las francesas son, sin duda, las únicas mujeres que poseen el secreto de estos golpes teatrales, que deben á las gracias de su espíritu.

¡Ah! ¡cuán poco pesaba la marquesa en el brazo de Calixto! Ambos salieron por la puerta del jardín que da á las dunas. La marquesa encontró el arenal hermoso, y al ver aquellas plantas silvestres de flores rosáceas que crecen en él, cogió algunas y las repartió con Calixto, para el que aquellas flores habían de ser una eterna y siniestra imagen.

—Cogeremos también boj y formaremos un ramo—dijo Beatriz sonriéndose.

Los dos amantes permanecieron algún tiempo en la escollera esperando la barca, y allí contó Calixto á Beatriz la puerilidad que había cometido el día de su llegada.

—Esa escapada, que yo conocía ya, fué la causa de mi severidad el primer día que nos vimos—le dijo.

Durante este paseo, la señora de Rochefide ostentó toda la ternura, abandono y complacencia de la mujer que ama. Calixto podía creerse amado; pero cuando, yendo por las rocas, bajaron á una de esas encantadoras criptas adonde las olas han llevado los más extraordinarios mosaicos, como puestos de los mármoles más extraños, y cuando, jugando como niño, le propuso Calixto, en el colmo del entusiasmo, huir á Irlanda, Beatriz tomó un aire digno y misterioso, le pidió el brazo y le rogó que continuaran su paseo